

## Domingo Cabrera, periodismo y novela por María Rosa Alonso

**E**l pasado 13 de julio me telefoneó, desde Santa Cruz, la joven periodista Olga Alvarez para comunicarme que Domingo Cabrera había muerto y que le dijera, para el diario en que ella trabaja, algo sobre mi ilustre y gran amigo. Lo sabía enfermo de esa gran enfermedad que se llama vejez, pero me hice ilusión de que llegaría al siglo; que estaba ahí, como un gran asidero de la Isla, al menos para mí. Con más soledad todavía que la habitual me quedé al darme Olga Alvarez la noticia y la verdad es que no sé lo que le dije sobre mi amigo, ni hasta mí llega nunca su periódico tinerfeño. Ya es sabido que no son los muertos, como decía el poeta, los que se quedan solos, sino nosotros, los todavía vivos. Domingo Cabrera era la bondad y la tolerancia personificadas; había que tratarlo muchos años para saberlo; para entender su manera cristiana de ver la vida, en un cristianismo que

ya casi nadie usa ni entiende; por eso, en el fondo, tenía una dimensión de niño, de criatura crédula y cándida, con un sentido ilusionado del vivir, sin un adarme casi de realismo, que pasmaba, que me pasmaba a mí y, aunque pareciera extraño, tal vez fuera la faceta más precisa de mi admiración por él.

Y como cada cual honra a sus muertos como sabe y puede, a pesar de mi vista cansada estos días más, y de tener un trabajo sobre la mesa (siempre hay sobre mi mesa un trabajo), dejé ese trabajo y me puse a leer las obras que tengo de Domingo. Tal vez me falte algo; algunos libros los había leído en mi juventud, pero no hice nota alguna de su lectura y estaban olvidados; otros, ya dedicados por él, no había podido leerlos, porque me llegan más libros de los que mis ojos pueden beberse y a veces el trabajo que está sobre la mesa hay que terminarlo, porque requiere pedidas ur-

gencias. Y la verdad es que siempre no puede dejarse el trabajo sin acabar, ya que algunos tienen su fecha fija.

Domingo era, en cierta manera, un autodidacto. Aunque fuera licenciado en Derecho, jamás se refiere a sus compañeros de Bachillerato ni de la Universidad; debió adquirir su cultura literaria y artística leyendo los autores de moda en su tiempo de juventud: el admirado Maeterlinck, el viejo Hugo, el inglés Ruskin y el francés Taine, los grandes críticos de arte en el siglo XIX, los libros de la biblioteca del abogado don Fernando González Corvo, al que el propio Domingo se refirió en una entrevista concedida a Luis Alvarez Cruz en "El Día" del 26 de julio de 1969, recogida en su libro "Huellas del Tiempo".

Domingo Cabrera ha sido el último hombre importante de su generación modernista, coetáneo de "Alonso Quesada", de

**D**e la serie de cuatro artículos (1) que María Rosa Alonso ha dedicado a la figura del escritor tinerfeño Domingo Cabrera Cruz (*Carlos Cruz*), recientemente fallecido, hemos querido reproducir aquí el primero de ellos como homenaje y memoria del autor de *Huellas del tiempo*.

Nacido en Igueste en 1884, formado en La Laguna, Domingo Cabrera se consideraba a sí mismo como "modesto producto del rico ambiente social y cultural" de La Laguna del primer cuarto de siglo, ambiente del que formaban parte Tabares Bartlet, Benito Pérez Armas, Antonio Zerolo, Patricio Estévanez y Manuel Verdugo, por citar sólo a unos pocos. En la entrevista a que se hace referencia en el artículo de M.R. Alonso, realizada por Luis Alvarez Cruz (*El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 26 de Julio de 1969), Domingo Cabrera confesaba: "No he sido profesional de ninguna modalidad literaria pues exigencias materiales, en mi dura lucha por seguir adelante, me han llevado por diversas calzadas. He cultivado distintas parcelas sin enraizar en ninguna. Mi actuación de madurez más destacada acaso haya sido la oratoria". Y, más adelante: "Me cabe

### EN LA MUERTE DE DOMINGO CABRERA CRUZ

la satisfacción de haber administrado mi palabra, en días de pasiones violentas, con responsabilidad". Acaso sea este rasgo, más que ningún otro, el que mejor define la personalidad del intelectual Domingo Cabrera Cruz. De otros rasgos, literarios, políticos y personales, hallará el lector cumplidas referencias en el trabajo de María Rosa Alonso aquí reproducido.

Dedicatorio del "Himno al Volcán" de Tomás Morales, como, con an-

terioridad, del poema "A Carlos Cruz, en su casa" de Alonso Quesada (fechado en La Laguna el 7 de Septiembre de 1915) (2), Domingo Cabrera no fue, acaso, solamente "el último hombre importante de su generación modernista" (M. R. Alonso) sino, también, el ejemplo preciso del *hombre total* de cultura, a quien se debe la fundación del Ateneo de La Laguna, cuya importancia, sobre todo en el periodo de sus primeros veinte años, no se debió únicamente a la decidida crítica del "desvío de los poderes públicos cuya actitud lastimaba el patriotismo del pueblo canario" (3), desvío combatido por Domingo Cabrera Cruz en sus años de presidencia en aquella institución.— A.S.R.

(1) María Rosa Alonso: "Domingo Cabrera, I. Periodismo y novela"; "D.C., II. El autor dramático"; "D.C., III. El orador y el Viajero"; "D.C. y IV. El político y el amigo", *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 15, 16, 17 y 18 de Agosto de 1979, respectivamente.

(2) En el próximo número de *Aguayro* reproduciremos el poema de Quesada, así como una carta (inédita) de éste a Domingo Cabrera Cruz

(3) Véase la citada entrevista de Luis Alvarez Cruz.

"Montiano Placeres", de Francisco Izquierdo y tenía un año menos que Tomás Morales, quien le dedicó su memorable "Himno al Volcán", leído por su autor, como es sabido, en la Fiesta del Atlante de 1920. Fue el Ateneo de La Laguna la gran creación cultural de Domingo Cabrera. En unos artículos incompletos que poseo, entre tanto papelorio, titulados "Apuntes autobiográficos", aparecidos en "La Tarde" de 1938, Rafael Arocha y Guillermo se refiere a que se juntaron "un puñado de románticos y capitaneados por Domingo Cabrera y tratamos de fundar un Ateneo", parece que se reunían en un accesorio de la calle de la Carrera. Arocha alude a la velada inicial celebrada en el Teatro Viana, presidida por don Adolfo Cabrera Pinto, y Domingo lo cuenta de manera parecida en su libro "El Verbo en Tinieblas". En 1904, Domingo, con sólo diez y ocho años, no podía presidir la naciente entidad y tuvieron "que buscar —escribe él mismo— quien rebasara los veinte años para encomendarle la presidencia, que recayó en el poeta Hernández Amador, recién llegado de Sevilla con un flamante chaquet y un enjambre de rimas que lo acreditaron como embajador de remotos países de ensueño".

Las viejas figuras eran entonces gente nacida en la década de los cincuenta del pasado siglo y aun Don Mateo Alonso del Castillo, nacido en 1847; Tabares Bartlet (1850-1921), don Patricio Estévez (1850-1926); don Antonio Zerolo (1854-1923); Cabrera Pinto (1855-1926), o don Santiago Beyro, nacido en 1859, etc.; eran los mayores, a quienes se dirigían los muchachos cuando había que hacer el discurso o la presentación inaugural, o bien poner los puntos y comas en su sitio. Fueron otros los tiempos, pero había una continuidad generacional que los hacía aparecer juntos. Nótese que Domingo los da así a todos, como puede leerse en la pág. 26 de "Huellas del Tiempo" y en la 244 de "El Verbo en Tinieblas", expresivas de un comportamiento en el trato social, hoy desaparecido por completo.

Algún joven diligente podría hacer una tesina o trabajo sobre la actuación e influencia del Ateneo lagunero en Canarias, porque en 1954 (ya estaba yo en Venezuela), cuando el Ateneo celebró su medio siglo, convocó un premio para un trabajo sobre su historia y quedó desierto; el Ateneo organizaba las famosas fiestas literarias de septiembre con carácter regional y general, ya que hubo fiestas de Las Hespérides, de los Menceyes, del Atlante, del Romanticismo, etc., y con razón decía Domingo Cabrera que fuera de las Islas se comenzó a hablar, a partir de la influencia del Ateneo, de "poetas canarios, de pintores canarios, de un arte y de una literatura canaria".

Tanto Rafael Arocha ("Ramiro"), como Domingo se refieren a la revista inicial "La Lid", en la que tal vez publicó uno de sus primeros pinitos literarios este último. Rafael Arocha escribe que "La Lid" no pasó de los seis números y Domingo cuenta con mucha gracia cómo "Los sudores de San Juan", artí-

culo de Arocha, quien había sido seminarista, acabó con la empresa de "La Lid", en aquella levítica La Laguna de 1906. Tengo el número I de "La Lid", con una esquina comida tal vez por una rata literaria lagunera, y es del 8 de junio de ese año. Un trabajito juvenil "Mundanas", del joven Domingo de 20 años, aparece allí con su firma de entonces: Carlos Cruz.

Tengo recortes de artículos de Domingo publicados en "El Progreso", de 1909, de "El Pueblo Canario", lagunero, del mismo año; de una revista, "Aguere", de 1913. En la revista "Castalia", la expresión más cabal del modernismo, ya tardío en las Islas, pues apareció en enero de 1917, un año después de la muerte del gran adalid, Rubén Darío, figura la firma de Carlos Cruz en dos relatos: "El suicidio de Juan Manuel" (en el número I) y "La Charca" (en el 3); se anunciaba la publicación de una novela: "La huella del monstruo", pero no debió publicarse, aunque mi colección de "Castalia" está incompleta. Pero fue "La Prensa", la gran obra de Leoncio Rodríguez, compañero generacional de Domingo, desde su aparición en 1910, la que recibió la asidua colaboración de nuestro llorado amigo, y luego "La Tarde". Conservo los tres estupendos artículos: "El poder de arriba", "Sigue la Dictadura" y "El caciquismo de los ineptos", aparecidos en el gran diario madrileño "El Sol", los días 18, 26 y 31 de julio de 1930, del que sólo reprodujo Domingo el primero, con alguna alteración, en "El verbo en tinieblas"; también alguno de un diario llamado "El Día", defensor de su política, por 1932, diario que cesó pronto.

Aparte su labor periodística, Domingo cultivó la novela y la narración corta en "El alma de las rocas", publicada en el núm. 1 del Cuento Regional, dirigido por aquel meteoro brillante que fue su amigo el malogrado Joaquín Estrada Pérez. "El alma de las rocas", 1909, es un relato simbólico, de tipo cosmopolita y modernista, de entrega entre la mujer, "Gloria", y el artista, que la posee y crea. "La Zarpa", de mayores logros, editada en Madrid, en 1919, tal vez tomó su título de la obra teatral de Henri Bernstein (1876-1953), representada con mucho éxito en el Madrid de 1917 y que Domingo debió conocer, aunque nada tenga que ver el argumento con su novela: "La Zarpa" es la fatalidad del atropello que, al comenzar la guerra de 1914, recibe una mujer belga por parte de un bestial oficial teutón y le impide casarse con su prometido español, empujándola a la muerte; está fechada en Iguete, pueblo natal de Domingo en el verano de 1917.

En el tomito 12 de "Novelistas canarios", una publicación quincenal que apareció en marzo de 1928, dirigida por Don Eduardo Díez del Corral, Domingo editó su novela "La Iluminada de Candelaria". Sobre un suceso que alborotó a la sociedad tinerfeña de aquellos años: una inculta vidente candelariera que "curaba" enfermedades nerviosas y hablaba en trance con el pronombre vosotros y la segunda persona del verbo en plural, algo inu-

sitado en una campesina canaria, por aquel tiempo, dio motivo a que Domingo urdiera una trama novelesca: la ilusión de la pobre criatura vidente por un apuesto joven villero, el cual cree oír la voz de su amada muerta, a través de las "visiones" de la infeliz iluminada. La prosa es ya serena, realista y el modernismo ha quedado atrás.

De la labor teatral de Domingo Cabrera, me ocuparé en el próximo artículo.

## PROSISTAS CANARIOS

# EL CASORIO

por Luis Roger

### I

El tío Juan era el hombre más bueno del mundo.

Pero tenía un defecto: que era testarudo.

A cambio del defecto el tío Juan tenía otra cosa que valía más que todos los tesoros: una muchacha de dieciocho años, gallarda y fragante como una flor de los campos, y tan bien parecida, que daba cruz y raya en guapeza a todas la muchachas de Tejina, Valle Guerra y Tacoronte.

En este último pueblo vivía el tío Juan, en una casita rodeada de laureles y castaños y bañada por el aliento balsámico de un bosque cercano.

Marcelina, la hija del tío Juan, la alegría de su hacienda, la reina de su corazón querencioso, era la única hembra de la casa. Hombres había unos cuatros, buenos zagales también y de lo mejorcito que pisaba los terrenos; pero con Marcelina no había nada más bueno a los ojos del tío Juan.

La moza, para constante resque-  
mor de su padre, tenía un novio, Eleuterio, y éste, que andaba perdido por aquella paloma turquesa, había pedido una noche su palabra de casorio.